

RECENSIONES

HOSEA JAFFE: *El imperialismo hoy*, Editorial Zero, S. A., Bilbao, 1976, 190 pp.

Pocos temas, efectivamente, han atraído de forma más constante la atención de los estudiosos de las relaciones internacionales que el que da título a las páginas del libro que debemos al líder sudafricano Hosea Jaffe. Pocos son, en verdad, los que en nuestros días ponen en tela de juicio lo tangible de esa realidad, puesto que, justamente, *el imperialismo* es una evidencia que se impuso al mundo en el último tercio del siglo XIX—entonces a esa realidad se la denominaba *colonialismo*—, pero es también, y muy especialmente—como ha subrayado un autor contemporáneo—, una justificación. Esa realidad implicaba la explotación económica y la dominación política de los países de Asia y Africa por parte de las potencias europeas, como culminación del expansionismo iniciado en el siglo XV. Sin embargo, el término *colonialismo* no aparece hasta principios del presente siglo, con un sentido eminentemente polémico, por cuanto engloba a todas las doctrinas que pretenden justificar el dominio de Europa sobre otros pueblos técnicamente más atrasados. Sus principales manifestaciones se produjeron en Gran Bretaña y en Francia, pero la ideología que lo sustentaba estuvo presente, en mayor o menor medida, en todos los Estados europeos, con una repercusión muy específica en Estados Unidos.

Si el término *colonización*, desde la Antigüedad, hace referencia a la acción emprendida por grupos humanos sobre un territorio alejado de su lugar de origen, el *colonialismo* aparece en una concreta situación histórica para dar un sentido finalista, frecuentemente teñido de hipocresía, a la extraordinaria expansión europea de la segunda mitad del siglo XIX, en sus diferentes manifestaciones: emigración, exportación de capitales, explotación de las tierras y los pueblos colonizados, dominación política, hegemonía cultural, etc. De todas formas, cosa que parece oportuno subrayar, los autores que con tanta insistencia y en ocasiones tan diversas se han ocupado del análisis del tema al que venimos haciendo referencia no han deslindado, con la claridad que hubiera sido de desear, los aspectos doctrinales que se esconden bajo las expresiones *colonialismo* e *imperialismo*. Para nosotros no son, desde ningún punto de vista, expresiones o conceptos sinónimos para definir una misma realidad socio-política. Pero, en fin, esto es principio de otra cuestión que, aquí y ahora, no podemos examinar con detalle. Lo único cierto es, y no es preciso traer a colación las autorizadas opiniones de los expertos, la enorme desconfianza que los términos *colonialismo*, *neocolonialismo* e *imperialismo* despiertan en la conciencia de los hombres de buena voluntad y, sobre todo, en el seno de la

RECENSIONES

Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, en donde, ciertamente, raro es el día en el que no hay que revisar algún caso de flagrante injusticia social a nivel, claro está, de las superpotencias sobre los pueblos subdesarrollados del llamado Tercer Mundo.

Por eso mismo, parece oportuno el recordarlo, la filosofía anticolonialista de las Naciones Unidas, en la que coincidieron los dos bloques ideológicos antagónicos—la URSS y los Estados Unidos de América—, considera que la soberanía y la independencia constituyen la culminación de la existencia internacional de un pueblo, es decir, que *el progreso político de los pueblos es incompatible con la dependencia impuesta por un país extranjero.*

* * *

En rigor, como saben perfectamente bien los estudiosos de la cuestión debatida por el doctor Hosea Jaffe, el imperialismo no es un producto de nuestro siglo, aunque, eso sí, haya sido en nuestra centuria cuando de forma más agresiva se ha manifestado. Hoy podemos partir de una base firme para conocer el fenómeno. Sabemos, por ejemplo, que *el imperialismo es la fase superior del desarrollo capitalista.* Y esto, en cierto modo, no constituye ninguna novedad, puesto que si aplicamos rigurosamente el aserto que antecede tenemos que, efectivamente, el imperialismo ya fue sistematizado por los romanos. La acumulación territorial significaba por una parte el acceso a materias primas en condiciones de depredación de los recursos naturales de países conquistados y colonizados, por otra la posesión de mano de obra en condiciones de esclavitud. Este *imperialismo esclavista*, como recientemente ha señalado el escritor español M. Vázquez Montalbán, se reproducirá en lo sustancial como modelo cuando se plantea la expansión comercial de las primeras potencias nacionales surgidas del Renacimiento: España, Portugal, Francia o el Reino Unido...

El proceso, pues, de acumulación primaria a través del colonialismo—se nos dice en el libro objeto de nuestro comentario—dio a Europa el monopolio «normal», por así decirlo (de hecho parasitario), del capitalismo. Los estados capitalistas se convirtieron en países parásitos o países huéspedes. La pregunta, pues, de «por qué el capitalismo no comenzó también fuera de Europa», se cae por su peso. El capitalismo no ha comenzado fuera de Europa exactamente porque ha comenzado dentro de ella, lo que ha impedido que se forme en otras partes (excepto en sus propios refugios como Australia «blanca», Sudáfrica y Norteamérica).

La represión de los capitalistas locales en las áreas coloniales no europeas fue un fenómeno histórico significativo, que los movimientos de liberación han tomado poco en consideración. En efecto, estos capitalistas habían sido criados y educados demasiado débilmente como para gobernar en su propio nombre. Dependían de los colonialistas, a los que administraban la propiedad colonial. En cuanto organismo social eran congénitamente incapaces de suplantar al imperialismo. Su debilidad y dependencia, creadas, como hemos dicho, por el colonialismo, los incapacita para afrontar como los colonialistas (en su patria, no en las colonias) el lujo, bajo el capitalismo, de la *democracia*. Por eso, sus regímenes son dictatoriales. Esta observación está ampliamente confirmada por la historia de Sudamérica y, mucho más tarde, por la de África y del Asia no socialista. La sola

RECENSIONES

independencia política ha sido por ello incapaz de poner fin al totalitarismo del colonialismo secular.

El Renacimiento y los sucesivos progresos culturales en Europa proporcionaron tanto el sostén material como el intelectual para el mundo entero. Pero estas conquistas inmortales de la civilización mundial (denominada con arrogancia «civilización europea», una contradicción palmaria) fueron construidas lejos de, e incluso sobre, el montón de ruinas de las civilizaciones protofeudales de los aztecas, incas, del Sudán occidental, de las civilizaciones feudales de Java, India, Africa del Norte y Arabia, y de las civilizaciones tribales en diversos grados de desarrollo.

Nkrumah, Dubois y Michelet han mostrado que el colonialismo tiene sólo un efecto retardatorio sobre las colonias. Aumentó las enfermedades y después de haber matado decenas de millones de habitantes, por presión local, construyó algunos hospitales y los exhibió como signo de «progreso». Aumentó el analfabetismo en muchas regiones (por ejemplo, nos dice el autor, donde se leía y escribía el árabe), destruyó ciudades universitarias en Africa occidental, y artes y oficios en tres continentes. Aumentó la mortalidad infantil y adulta, a causa de la desnutrición y de las enfermedades (lo que se agravó con las guerras de conquista). Destruyó trabajos de riego bien construidos, por ejemplo, en la India, y arruinó la agricultura, por ejemplo, con la erosión del suelo en las reservas segregadas de Sudáfrica y a causa del monocultivo.

Impidió a la industria competitiva crecer en las colonias excepto en algunas poblaciones de los europeos, esto es, en Sudáfrica, Norteamérica y Australia. El rechazo de la industria en las colonias significó también que los principales contenidos progresistas del capitalismo fueran severamente excluidos de las colonias, y como consecuencia de esto, hoy una ciudad europea medianamente grande tiene más industria que un subcontinente colonial.

* * *

En fin, considera el autor de este libro, *el colonialismo ha fabricado países ricos, parásitos de la insidia y el engaño, o al menos de la democracia, de esa democracia que asiduamente y por la fuerza era negada a las colonias*. La democracia en las colonias hubiese arruinado a los superexplotadores, que se apoyan en la fuerza y en la violencia para conservar la fuente de los propios superbeneficios: el bajo costo del trabajo colonial.

En otro lugar de la obra del doctor Hosea Jaffe nos encontramos con un razonamiento que no debemos perder de vista, a saber: que es crónica la contradicción de las consideraciones políticas y económicas del imperialismo en relación con la «propia» clase trabajadora. Es una de las grandes contradicciones insolubles del imperialismo, que agudiza y agrava cada una de sus crisis. Todavía hace esfuerzos serios el imperialismo por resolver la contradicción intentando simultáneamente ganarse el apoyo político de «sus» trabajadores en las guerras contra el Vietnam, Corea, etc., y atacando a los niveles de vida, las organizaciones políticas y sindicales de estos trabajadores «en nombre de los intereses nacionales».

La guerra no es sólo una frívola tentativa—que se anula por sí sola—de resolver la contradicción de las consecuencias políticas y económicas

RECENSIONES

de los superbeneficios semicoloniales en los países imperialistas. La historia de Inglaterra en Sudáfrica y Rhodesia, durante casi un siglo, ha demostrado que el imperialismo utiliza la cuestión de la «raza», de ordinario en el sentido de «color», para mantener el apoyo de los trabajadores blancos, atacando a los trabajadores «de color», sobre cuyo trabajo a bajo precio están basados los privilegios del «trabajador blanco».

Es obvio, y ésta es la conclusión final que se nos presenta en el curso doctrinal de este libro, que el *imperialismo* sigue radicalmente vigente —enmascarado ahora bajo la expresión de *neocolonialismo*—. Y, efectivamente, como alguien muy acertadamente ha señalado, el neocolonialismo es un término acuñado para explicar el tipo de relaciones económicas instauradas entre los antiguos países colonizados y las grandes potencias industriales, especialmente Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.

Todos los países del Tercer Mundo alcanzaron la independencia en los últimos treinta años, que fue consagrada con su ingreso en las Naciones Unidas como miembros de pleno derecho. Sin embargo, un análisis minucioso de la situación internacional permite concluir que están muy lejos de haber logrado la plena soberanía económica. A pesar de las reiteradas crisis del dólar y del hundimiento definitivo de la libra esterlina como moneda de reserva, el sistema económico internacional fundado en Bretton Woods (1944) se caracteriza esencialmente por las *relaciones desiguales*, en perjuicio de las naciones en vías de desarrollo.

Denuncia, pues, el doctor Hosea Jaffe en las páginas de su libro la preexistencia de una situación socio-económica que, desde luego, ni es desconocida ni pasa inadvertida por las grandes potencias mundiales. Se han roto, cierto es, las amarras políticas, pero las económicas, cosa harto fácil de comprobar, cada vez son más sólidas, vinculantes e inquebrantables. Es la economía el fantasma que encadena a los países del Tercer Mundo.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

CHARLES ZORGBIBE: *Les relations internationales*, París, PUF, 1975; 364 pp.

Presentamos aquí una valoración de las Relaciones internacionales como *disciplina para la angustia del mundo del arma atómica*.

a) *Cuestiones previas* al estudio de las Relaciones internacionales, según Zorgbibe:

i) *La naturaleza de la sociedad internacional*: tema que la Filosofía política no ha dejado de tratar desde el Renacimiento (preocupándose del estado de *sociedad* y del estado de *anarquía*).

ii) *El comportamiento del observador de las relaciones internacionales*. El problema del *compromiso* de ese observador cuando describe las realidades internacionales, y de la *finalidad* asignada a sus análisis (*vid.* p. 13).

b) *La llamada de atención contra la simplificación de pensamiento*. De la siguiente manera: admonición de que no sólo el hombre de la calle —espectador y objeto de la Historia—, no sólo los publicistas—que hacen

RECENSIONES

la opinión—, sino incluso los jefes de Estado o de Gobierno—que conducen los pueblos— parecen, frecuentemente, *ver el mundo a través de los estereotipos más «affligeants»* (cons. p. 13).

c) *Reconocimiento de la existencia de un análisis clásico de las Relaciones internacionales*: como «rama de la Ciencia Política consagrada al estudio de los problemas internacionales», como *Macropolítica*, frente a la *Micropolítica* interna (cf. p. 37).

d) Autor partidario del *enfoque científico de las relaciones internacionales*, que permite aprehender las *múltiples* variables de la vida internacional, que ofrece indiscutibles medios de clasificación y de ordenación, etc., y del que el autor se sirve para el análisis de la política exterior de los Estados y el estudio de la *organización* internacional (cf. p. 18). Y a este respecto, sugerente es la singularidad de hermanar en el texto—dosificación— la presentación del *contexto teórico*—problemática de las ideas—y del *plano fáctico*—las realidades de la escena interestatal—. (Aunque no siempre todos los problemas importantes. Así lo percibimos en el tratamiento de los problemas estratégicos de la OTAN.)

e) La singularidad de la sociedad internacional contemporánea:

i) Por un lado, tendencias a la *internacionalización*. Como dice Zorgbibe, «por primera vez la sociedad humana tiende a pensar como tal sociedad humana» (*vid.* p. 17). Desafíos a toda política de compartimentación nacional: la guerra contemporánea, la proliferación de la especie humana, la desigual distribución de las riquezas (cf. p. 17).

ii) Por otro lado, la *no-desaparición* de las condiciones de la edad clásica: persistencia de las divisiones nacionales, que han trazado las *líneas de fractura* entre los grupos humanos, suscitando tensiones y enfrentamientos, etcétera (*vid.* p. 16).

iii) Más, paradojas como el hecho nuclear: el riesgo nuclear suscita la llamada a la unidad, pero —al mismo tiempo— la rivalidad nuclear perpetúa las divisiones, produce un doble conservadurismo... (cf. p. 17).

f) La configuración del estudio de las relaciones internacionales en Zorgbibe. He aquí el esquema de su construcción: Primero: La escena internacional: 1. Planteamiento del tema *¿estado de naturaleza o comunidad internacional?* 2. Estudio de *las relaciones internacionales y acción internacional*, a través de las construcciones de un «estratega civil» —Kissinger— y de un «investigador crítico» —Galtung—. Segundo: Los actores de la escena internacional: 1. Los Estados. 2. Las organizaciones internacionales: desde su enfoque teórico hasta el asunto de su *peso*. 3. Las fuerzas transnacionales: las potencias de opinión (Internacionales) y los poderes privados transnacionales (la empresa multinacional). Tercero: El juego: 1. El fin de las *certitudes*: el problema estratégico (Pacto Atlántico); el problema político (Pacto de Varsovia); afro-asiáticos y no-alineamiento. 2. La redistribución de fuerzas: Europa, interacciones URSS-USA, China. 3. La interrogación de *¿hacia un mundo ordenado?*: la paz por el desarme y la paz por la convergencia.

g) Recepción de novedades teóricas por Zorgbibe:

i) Como punto básico, la atención hacia la «Ciencia de la paz», en-

trevista como Ciencia social muy *engagée* (cons. p. 37), montada alrededor de la idea-fuerza de que la «paz» es tan esencial a una sociedad como la «salud» (cf. p. 36). Ciencia *directamente orientada* hacia la aplicación práctica: la política *concreta* de la *realización* de la paz en el mundo (*vid.* p. 40), y planteamiento de la «Ciencia de la paz» como *condena del aislamiento del intelectual* (p. 40).

En tal tesitura, se comprenderá la lógica de algunas de las posiciones de Galtung.—Por ejemplo, la llamada de atención sobre *las fronteras académicas*. Galtung pone en duda la organización universitaria que, por sus múltiples compartimentos disciplinarios, fragmenta el conocimiento del mundo real y cierra el camino a muchas perspectivas. Galtung denuncia al *homo academicus*, cuya tendencia al imperialismo —el imperialismo intelectual— es tan fuerte como en el *homo politicus*: en cuanto se delinea un nuevo campo de actividad intelectual, es reivindicando inmediatamente por una de las disciplinas tradicionales (cf. p. 39).—Asimismo, la evolución en el planteamiento del estudio de la «Ciencia de la paz»: 1. Primeramente, *énfasis empírico*. Utilización de las técnicas más recientes de la investigación social: reuniendo con cuidado y analizando con atención los datos extraídos de la realidad, antes de sistematizarlos «en teorías susceptibles de permitir una comprensión en profundidad de la naturaleza del conflicto y de la naturaleza de la paz». Empresa empírica que permite eliminar todo dogmatismo en la investigación y —sobre todo— descubrir las políticas de paz *eficaces* (*vid.* p. 40). 2. Paso a un enfoque pluridimensional *profundizado*, en el que se abandona el —en tiempos, fundamental— «principio de simetría» (comprensión de un conflicto a través de las «visiones» de todas partes implicadas), por acento sobre la «violencia estructural» —o violencia incorporada a la estructura social—, con la «revolución permanente» como eje de las investigaciones sobre la paz (p. 41). Atenuación del empirismo, poniéndose el acento sobre los «valores» que deben triunfar, sobre el «mundo nuevo» que es preciso edificar, etc. (cf. p. 42).

Resumiendo, el estudio de la paz se ve —finalmente— como «*Ciencia de la realización humana*». Este estudio *no se basa sólo sobre la superación de las ideologías nacionales, sino sobre «la liberación del individuo de todo lo que aliena su realización personal»*. En conclusión, «los intereses nacionales están desprovistos de todo fundamento, si no son también los intereses del *más humilde de los humildes*» (cf. p. 42).

ii) Atención a fenómenos como el de *la convergencia*: idea relativamente reciente (cf. p. 341), cuyos teóricos «tienen en común una concepción determinista del progreso industrial continuo» y «la convicción de la adaptación ineluctable del poder político a ese proceso económico —«haciendo depender, como los marxistas, la superestructura política de la infraestructura económica»—.

En fin, a tener presente en esta concepción: la prosperidad engendrada por el progreso tecnológico conduce a una relativa «*desafiliación ideológica, a una despolitización progresiva*» (cf. p. 342). Siendo de retener, singularmente, en este extremo: en principio, la visión de los teóricos de la convergencia es optimista. La devaluación de los factores ideológicos, la *rencontre* de los grandes sistemas sociales y políticos, etc. constituyen *elementos prometedores para el futuro de la Humanidad*. Ahora bien; hay excepciones pesimistas como la de Marcuse: en el Este como en el Oeste,

RECENSIONES

las sociedades industriales hacen servir el progreso técnico a la deshumanización de las relaciones sociales, etc. (cons. p. 351).

iii) Atención a fuerzas como *el sindicalismo transnacional*, con acento sobre la «doctrina Levinson». Crítica radical de las relaciones actuales entre el capital, el trabajo y el Estado-nación. Esto: 1. El desarrollo de las multinacionales pone *en question* casi todo: «nuestras ideas sobre el Estado, el Poder, la moneda, la planificación, las nacionalizaciones, la lucha obrera, el comercio exterior». Es decir, «todo lo que los hombres políticos ponen detrás de esas palabras está caduco». 2. Los trabajadores, cogidos en la «mundialización de las grandes sociedades, están más alejados que nunca del producto de su trabajo». 3. El Estado no es más que *una institución marginal*, a la que le corresponde mantener el buen funcionamiento de las instituciones que permiten el desarrollo de la economía multinacional y atenuar los efectos más dramáticos del sistema —compensar las desigualdades sociales más graves, ayudas a los parados, etc.—. 4. En tal contexto, las antiguas ideologías, estructuras y métodos sindicales están pasados de moda: es esencial llevar la acción sindical al palenque económico *mundial*. «El error de los sindicatos sería continuar dejándose encerrar en el cuadro *nacional*...» Proposición de Levinson: *una estrategia en tres etapas*. Así: Primera etapa: la de toma de conciencia y del apoyo internacional a los trabajadores de una empresa en lucha en el plano local. Segunda etapa: la de la coordinación —en el plano internacional— de las negociaciones colectivas celebradas en cada país. Tercera etapa: la de la organización de las negociaciones colectivas unificadas —en el plano internacional—, que conducirá a la institución de una «democracia industrial» en la empresa multinacional (cf. pp. 191-193).

LEANDRO RUBIO GARCIA

PIERRE VELLAS: *Relations internationales*, Paris, LGDJ, 1974, 232 pp.

Con esta obra, estamos ante una concepción de las Relaciones internacionales como *complejo* tema de estudio de la *actualidad*.

a) Punto previo: el estudio de las Relaciones internacionales. Se trata, esencialmente, del estudio de las relaciones entre Estados y, por tanto, de las políticas exteriores de los Estados. Lo cual «necesita el conocimiento de las relaciones que se establecen entre *los diversos agentes de la vida internacional* bajo la influencia de diversos factores que pueden determinar sus comportamientos y provocar sus decisiones» (*vid. p. 10*).

b) Fines de las Relaciones internacionales. Un panorama que cabe configurar a base de elementos como los siguientes:

i) La finalidad de las RR.ii.: el conocimiento *objetivo* de los hechos *internacionales de actualidad* que componen las relaciones internacionales. Conocimiento a través de *análisis* y *explicaciones* —particularmente, por la búsqueda de las *causas que los provocan* y por la *evaluación de su importancia*—.

RECENSIONES

ii) Tras eso, establecimiento de *las previsiones* —útiles— referentes a *la evolución* de los hechos internacionales y de *las consecuencias* que pueden resultar de ellos.

iii) Y, al mismo tiempo, expresión de *juicios de valor* sobre *las decisiones, sobre las políticas exteriores*. A base de criterios: eficacia técnica (resultado); utilidad nacional o profesional (interés del Estado, del público o de la profesión: tal como es concebido o sentido por ellos en un momento dado); finalidad (noción de ética internacional: contribución a la paz, a la seguridad internacional, al desarrollo de la cooperación internacional). (Cons. pp. 13-14).

iv) Parejamente, aportar una contribución esencial a la formación intelectual y profesional de los seguidores de tal dinámica.

v) Llegar a una *teoría* de las relaciones internacionales. Es decir, a «una concepción sistemática de los hechos observados y analizados a fin de deducir de ello las principales variables, los caracteres dominantes». Así, la teoría de las RR.ii. conduce al «enunciado de un cierto número de proposiciones conceptualizadas alcanzando necesariamente el nivel de abstracción a partir del cual es posible una aprehensión, o un conocimiento del fenómeno relacional internacional» (*vid.* p. 15).

c) Complejidad de tal estudio. Cuestión a ver así:

i) Por un lado, este estudio se extiende a un conjunto de hechos *muy diversificados* y *muy complejos*: el «complejo relacional internacional», de que habla J. J. Chevalier (*vid.* p. 11). Con una particularidad de la hora presente: la circunstancia de que «la vida internacional ya no está —como en el curso de los siglos precedentes— influida esencialmente por factores políticos grandemente controlados por los Gobiernos». Los Estados que estos Gobiernos representan, no dominan ya —ellos solos— los factores —muy diversos— que provocan la evolución de las condiciones de la vida internacional y la adopción de las decisiones necesarias. Estamos, singularmente, ante los factores económicos y financieros, políticos y sociales, científicos y tecnológicos (cons. p. 10).

ii) Por otro lado, la especificidad de las RR.ii.: el análisis del hecho internacional *de actualidad* (p. 22). Efectivamente, del «complejo relacional internacional» emergen acontecimientos *actuales* que deben *describirse* y *analizarse* sistemáticamente a la luz de un número bastante grande de conocimientos *previos* reagrupados a este efecto (cons. p. 11). Aquí reside la dificultad en el estudio e investigación de estas materias.

Pues bien; la dificultad esencial en el dominio de los hechos internacionales *de actualidad* es ésta: «el acceso al conocimiento *objetivo* más completo y más seguro del hecho internacional» *en su actualidad más inmediata* en el sentido más estricto del término. Esto imprime al estudio de las RR.ii. un toque distintivo, un carácter específico, que lo distingue *netamente* de otras disciplinas con las que se ha tenido tendencia a diluirlas —Derecho internacional público, Historia diplomática, Economía internacional, etc.— (Cons., p. 18). Distinción que se percibe por: 1. En primer lugar, una falta de confort funcional en el trabajo: es el problema de no disponer del *tiempo* y de los *materiales* del analista político ordinario y, mucho menos, de los del historiador (del que se envidia su relativo confort *intelectual* y *científico*) (*vid.*, p. 18). 2. En segundo lugar, el entramado *instrumentos*

RECENSIONES

de *investigación-trabajo*, que sitúan a las RR.ii. en un puesto completamente original en el contexto de las Ciencias Sociales. Singularmente, los medios técnicos de conocimiento, la naturaleza interdisciplinaria del trabajo efectuado por equipos especializados cuya labor se realiza bajo la presión de un tiempo muy breve (siendo de destacar en esa tesitura, la apelación constante de Vellas al trabajo en equipo pluridisciplinario: pp. 11, 20, 21, 23, 24, etc.); la metodología de *análisis-previsión*, etc.

d) En fin, la forma de plantearse P. Vellas la valoración de la dinámica de las relaciones internacionales se ve nítidamente entrando en el ensamblaje de su sistemática.

Tras una Introducción, el tema de la primera Parte—que es el objeto del tomo I de la obra—lo constituyen *Los agentes de las relaciones internacionales*. En primer lugar, *los Estados, los gobernantes y los agentes diplomáticos* (pp. 35-75). De este modo: 1.º Los Estados: evolución de la noción de Estado; clasificación de los Estados; independencia y soberanía; igualdad jurídica. 2.º Los gobernantes: psicología de éstos, etc. 3.º Los agentes diplomáticos. En segundo lugar, los pueblos (pp. 79-93). Después, la opinión pública internacional (pp. 97-107). Un número importante de páginas—pp. 111-196—ocupa el apartado referente a las organizaciones internacionales, estudiándose escalonadamente: su importancia, sus estructuras, su clasificación (con un anexo en el que se presentan los distintos sistemas: sistema de las NN. UU., sistema interamericano, sistema de intereuropeo, sistema interafricano, etc.), y la gran crisis de las organizaciones intergubernamentales. En una treintena de páginas se compendia la problemática de las empresas multinacionales (con la cuestión de su control) y el significado de las organizaciones no-gubernamentales (pp. 199-228).

e) Otros aspectos de la obra de Vellas:

i) Una particularidad de ella puede ser el interés que presta al *factor psicológico*. Por ejemplo, cuando valora el *comportamiento diplomático y psicológico de los pueblos* (pp. 80-87). Distinguiendo: 1. Empirismo británico: desconfianza natural respecto a las *grandes ideas* o las *grandes empresas*, de las que se teme el carácter utópico o irrealista. 2. Irrealismo latino, manifestado de formas diferentes: desde apego a un juridicismo lleno de inteligencia, pero... sin su traducción en la realidad, hasta la referencia continua a una antigua grandeza. 3. La necesidad alemana de una *gran empresa*, servida por un profundo romanticismo, un gran sentido de la organización, grandes facultades de trabajo y su pasado (tan militarmente aventurero). 4. El espíritu constructivo belga y suizo. 5. La «contestación» estimulante holandesa: dinamismo frecuentemente innovador. 6. El pragmatismo americano y sus dificultades, con cosas como el comportamiento demasiado optimista del pueblo estadounidense y el realismo del *businessman* americano (difícilmente transferible a la acción diplomática). 7. El mesianismo soviético: mesianismo «marxista» que da naturalmente a la diplomacia una línea de conducta y un comportamiento particulares. 8. La irreductibilidad israelí: decidida voluntad ante las más duras empresas y los mayores sacrificios. 9. La determinación japonesa: forja de los medios para la *grandeur*, en lugar de afirmar una *grandeur* con medios insuficientes o sin ellos. 10. El emocionalismo árabe: reacciones emocionales cuya resonancia puede ser amplificada considerablemente. 11. Las tradiciones di-

RECENSIONES

plomáticas orientales, a base de una gran marcha hacia el problema—con un formalismo y un puntillismo como componentes típicos—y decisión adoptada con rapidez sorprendente, y explotada hasta los límites de las posibilidades. 12. La sensibilidad de los pueblos africanos: afectividad africana (importancia de los contactos personales entre jefes de Estado: de una importancia extrema), con el peligro de una lamentable versatilidad.

ii) Otra particularidad podía ser el frecuente recurso a los cuadros —verdaderamente abundantes—, útiles como resúmenes de muchas cosas (aunque pueda deslizarse algún error: así, 27 por 54 miembros del CES de la ONU. Obsérvese que la Res. 2847, por la que se aumentaba el número de miembros de ese órgano de 27 a 54, entraba en vigor el 24 de septiembre de 1973. A este respecto, *vid.* la nota aparecida en el *AJIL*, abril 1974, pp. 300-304).

iii) Otra particularidad —ésta de carácter general— podría ser la sencillez del tratamiento de los temas.

LEANDRO RUBIO GARCIA

LYNN M. CASE: *Edouard Thouvenel et la diplomatie du Second Empire*, traducción francesa del profesor Guillaume de Bertier de Sauvigny. Bibliothèque de la Revue d'Histoire Diplomatique. Editions A. Pedone, Paris, 1976, 458 pp.

Se trata de un estudio, posiblemente definitivo, acerca de la acción diplomática de Edouard Thouvenel, lo que equivale a decir, prácticamente, la historia de la política exterior de Francia en una época crítica: la del II Imperio. Thouvenel fue uno de los personajes cuya influencia resultó decisiva en una época (1852-1870) cuajada de acontecimientos internacionales: guerra de Crimea, unificación de Italia y de Alemania, guerra americana de Secesión y expedición a México. Thouvenel —que perteneció al Ministerio de Asuntos Exteriores desde 1842 hasta su muerte, en 1866— protagonizó algunos acontecimientos decisivos puesto que entonces, como subraya el autor, la diplomacia se basaba, especialmente, en los esfuerzos y decisiones personales. Esos asuntos fueron, entre otros, la cuestión danesa, el cambio de dinastía en Grecia y los asuntos de Servia y Montenegro. Durante su etapa ministerial, Thouvenel logró la anexión de Niza y Saboya y se enfrentó a las crisis provocadas por las expediciones de Garibaldi en 1860 y 1862, la anexión del Piamonte a la Italia central y meridional y la «cuestión romana».

Case va señalando los sucesivos cargos diplomáticos ejercidos por Thouvenel. En Atenas (1845-1850), como encargado de Negocios de la Legación, logró del rey Othon el reconocimiento de la República surgida de la revolución de 1848. En 1849 era promovido a ministro plenipotenciario en el reino heleno, cuya estratégica posición en el Próximo Oriente suscitaba la rivalidad de las grandes potencias para ejercer allí su influencia. Su decidida postura prohelénica durante la represalia británica en Salamina, en 1850, determinó que, bajo la presión de París, Palmerston accediese a suspender el bloqueo naval. A su marcha, Thouvenel había conseguido que Francia fuese la potencia más popular en Grecia.

RECENSIONES

El 22 de diciembre de 1851, Thouvenel ocupaba la Dirección Política en el Quai d'Orsay, en la que permaneció durante tres años. Tomó parte fundamental en la preparación de los documentos relativos al restablecimiento del imperio y, más tarde, en la querrela sobre los Santos Lugares, que debía desembocar en la guerra de Crimea. Case, en su formidable labor investigadora, descubre que 31 de las 37 minutas referentes a Crimea están escritas de puño y letra de Thouvenel, lo que da idea de su portentosa actividad. La llamada «cuestión de Oriente» fue comprendida perspicazmente por Thouvenel. En 1851 escribía: «Conozco Oriente y puedo afirmar que Rusia no cederá.» La ruptura del príncipe Menshikov con Turquía y la ocupación rusa de los principados danubianos provocó la declaración anglo-francesa de guerra.

En mayo de 1855, Thouvenel era nombrado embajador ante la Sublime Puerta. Case desmenuza en esta obra el trasfondo de intereses que bullían tras la rivalidad entre Thouvenel y Stratford, el embajador británico. Son páginas densas, apoyadas en una documentación exhaustiva, en las que se dibujan de mano maestra el sutil juego diplomático que practicaban ambos Gobiernos en el imperio otomano. Especial atención—todo el capítulo V—dedica el autor al examen de la espinosa cuestión de los principados de Moldavia y Valaquia, puesto que, tras la Conferencia de febrero de 1856 y las elecciones de junio, fueron el origen de la ruptura diplomática, el 6 de agosto de 1857, entre los imperios francés y turco. Fue uno de los pocos asuntos en que falló el olfato de Thouvenel, que supuso, como aseguraba a su ministro Walewski, que Turquía aceptaría el ultimátum y anularía los fraudulentos comicios para evitar la ruptura. Fue un fallo, atenuado por el ambiente enraizado en que tuvo que desenvolverse Thouvenel, y que fue provocado por la pública postura de Walewski en favor de la unión de los principados: «Thouvenel, consciente del peligro, intentó en vano que sus instrucciones se limitasen a la petición de discusión del proyecto de unión. En contra de su opinión, vióse obligado a reclamar también la unión.» A consecuencia de las entrevistas de Napoleón III en Osborne, Londres aconsejaba a Turquía la organización de nuevas elecciones y París renunciaba secretamente a apoyar la unión de los principados. El 27 de agosto se reanudaban las relaciones diplomáticas. En la Conferencia de Paris (mayo-agosto 1858) los principados rumanos, si bien no lograban la independencia y la unión a que aspiraban, efectuaban un gran progreso en tal sentido, y a ello contribuyó en gran medida el esfuerzo enérgico y perseverante de Thouvenel. El 5 de enero de 1860, a los cuarenta y dos años, era nombrado ministro de Asuntos Exteriores, alcanzando la cumbre de la carrera diplomática. En su cargo debía enfrentarse a las crisis que sacudieron Europa en los tres años siguientes, especialmente con ocasión del gran movimiento de la unidad italiana.

Case, profesor de la Universidad de Pennsylvania, con prolija minuciosidad va estudiando, uno tras otro, los diversos asuntos diplomáticos que encara Thouvenel. En el examen de cada uno de ellos aporta fragmentos de los papeles públicos y privados del estadista. El uso de tan diversos fondos y el conocimiento exhaustivo de cuanto se ha publicado ha permitido al profesor Case trazar un excelente panorama internacional de los tiempos del II Imperio francés, en que discurre la vida de aquella figura culminante de la diplomacia gala. Es una obra realmente sugerente.

JULIO COLA ALBERICH

